

08.

Mabel Cuesta, *In your face, papi! Arte, política y sociedad civil en Cuba.*

Valencia: Aduana Vieja, 2022, 146 pp.

ISBN: 9788412292893

DOI: 10.22201/udir.2954341xp.2026.290

Mabel Cuesta es académica en la Universidad de Houston, Texas, y, como reza la cuarta de forros, narradora, ensayista y poeta. Es también habitante de la paradoja del exilio cubano, al mismo tiempo inevitable y elegido. “Me fui para que mi abuela tuviera leche”, me dijo alguna vez, porque, en todo esto, también es mi amiga. Es mujer y es lesbiana, identidades nada secundarias en su escritura, que se asume desde la práctica fundacional feminista de lo personal que es político y el ejercicio del sentipensar, opuesto al ideal macho de la fría distancia racional.

Así como dice el título de esta recopilación de artículos: *in your face, papi*, y en peculiar mestizaje entre la lengua aprendida del hogar de acogida, la lengua dominada como quien gana un desafío, y la irónica guapería del cubanismo exclamado final. *Papi* es alguien acostumbrado a dominar, simbólica y sexualmente, alguien arriba de un pedestal de dominación del que este libro se encarga de bajarlo.

Este es libro de una “niña memoriosa”, la autora, como de uno de sus entrañables personajes, la poeta cubana octogenaria Georgina Herrera, “una boca negra que no calla”. La académica caribeñista invita a la autora que estudia, sin embargo, el encuentro en el aeropuerto de Houston es de afecto antes que

intelecto. Es un espejo. La voz de Georgina, dice Mabel, es “la voz de esa bisabuela negra a quien no conocí, pero que igualmente me ha acompañado por mis luchas en contra del racismo cubano. Rancio sobreviviente en la isla. Rancio energizado con privilegios en el exilio”. En ese espejo Mabel se reconoce también como “mujer desprejuiciada, malportada”, para quien “lejos de casa fue amar intenso y sin permiso”.

Lejanía que al mismo tiempo libera y duele, paradoja sin solución tanto del exilio como de la identidad disidente frente a la moral de la comunidad de origen. Pertenencia y desarraigo, emancipación y nostalgia. “Yo me declaro vencida”, dice la autora en otro de los textos, “Un viaje sin coda”. “Quiero estar en mi hamaca”, expresa con desgarradora sencillez. “Volver a regalar mis inútiles preguntas al pedazo de mar con el que sueño todo el tiempo. Pero no digo o hago nada; así estoy (estamos) desde siempre”. Es el siempre de la añoranza perpetua: “Hoy me levanté, como siempre, pensando en abuela”.

La práctica escritural feminista del sentipensar no puede sino estar llena — más, atravesada— de cuerpos: “Esos cuerpos reales son los mismos por los que nos desgastamos cargando maletas de medicamentos, alimentos, aseo [...]. Esos que nos sacrificaron (y a quienes sacrificamos) en la que sí sería la transición más dolorosa de nuestras vidas”. La meditación sobre el cuerpo es un hilo conductor que luce una y otra vez tanto en la trama textual como en los recorridos de Mabel por el mundo. Recordando cuando, “entrando y saliendo vertiginosa de iglesias en Varsovia”, se encontró ante la reliquia del corazón de Chopin, “un corazón sin cuerpo” que “renuncia a su cuota de venganza”, anota que “los asesinatos no son siempre físicos [...], condenar a la no existencia a un cuerpo que camina es el peor de los agravios”.

El cuerpo femenino transita por una de sus metáforas más socorridas, la maternidad, para que la escritura de Mabel asuma inequívocos tintes de denuncia: “Desde esa Habana que ahora solo abre sus piernas si se trata de expulsar hijos indeseados, el discurso se mantiene estático [...]; recurso con el que por más de cincuenta años ha capitalizado la piedad y simpatía internacionales y ha creado y recreado una ficción de compleja lectura”.

Ante ese discurso del poder, el cuerpo femenino es resistencia: “bollo manso”. “Cuba-mujer como elemento contrario a Cuba-soldado-barbas-botas-fusil-guerra-enemigo invisible. Cuba mansa frente a las consignas que hablan de un pueblo enérgico y viril. Cuba sexo femenino frente a un machismo de estado”.

El cuerpo está también presente en la más primordial de sus funciones fisiológicas: comer. Y la comida, a su vez, es un dispositivo más para la articulación de la nostalgia omnipresente con los espacios y las lenguas nuevas, “el azul intenso y nada desdeñable de otros cielos”: “cocemos unas batatas dulces para la fiesta del *Thanksgiving* y las hacemos boniatillo con coco dulce. Esa hibridez provechosa ha sido larga y duele en el pecho y las articulaciones”. El dolor nunca deja de asomarse entre renglones.

“Cuba, mi imaginado país”, insiste la autora, “el único país adónde regresar para sentirme entera”, pero también “el único país en donde vivir me resulta imposible”. País imaginado en las conversaciones con las mujeres amadas, como la poeta Maya Islas, quien “sonríe y me dice que vendrá con nosotras a visitar la isla del futuro alguna vez”.

El cuerpo-mente encuentra “Un paliativo temporal”, como reza el título de otro artículo, en la poesía. “Sudas y matas desde un cuerpo que más tarde almuerza y se abotona. Uno que siempre canta. Lo canta todo”. En esa terquedad de la esperanza, “cada vocal, cada sílaba emanará saber y resistencia y modos de mirar y de sentir”. “Y vendrán mundos nuevos. O los inventaremos. Que para eso estamos” las poetas.

Caterina Camastra
Unidad de Investigación sobre
Representaciones Culturales y Sociales
UNAM